

Raíces

FRANCISCO VALES-VILLAMARIN VIA

El tambor de los bandos municipales, las blancas pelucas de los maceros del Concejo, la rifa del cerdo en el día de San Antón; El Turito; el Globo pequeño; las "tartas" o "castillos"; las danzas de Labradores y las de Marineros (las verdaderas, las de mayores, sin que ello suponga olvidar el agradecimiento a los jóvenes actuales y a sus organizadores de hace años que lograron mantener esta tradición y evitar así su total desaparición)...

¿Que falta por desaparecer? ¿Los Caneiros? ¿El Globo Grande? ¿El ramo de verde laurel anunciador del vino nuevo? ¿La "fachada" pirotécnica sanroqueña?

No es esto un reproche para nadie; es, simplemente, un grito doloroso, una alerta o, si quereis, un pensamiento en voz alta en una noche en que los viejos recuerdos se orientan hacia Betanzos.

Quizá para algunos no sea más que pura nostalgia por el recuerdo de unos años infantiles en que, con la llegada de ciertas fechas, se notaba un ambiente festero que estimulaba la natural alegría de la niñez. Quizá.

Sin embargo, no se trata de volver atrás, cosa imposible, ya que una de las características humanas es su irreversibilidad. Se trata de hacer comprender que todas las costumbres o comportamientos sociales son las raíces de los pueblos. Lo que les da estabilidad y consistencia. Lo que proporciona el respeto y aun la admiración de los otros pueblos.

Las raíces, esas que se generaron con el lento paso de los siglos, fruto de la experiencia y respeto de los hombres, son las que producen la personalidad y el árbol de nuestra historia y si se trata de intentar ponerlas nuevamente de manifiesto y de sacarlas de nuevo a la luz será como continuar escribiendo nuestra vida diaria, nuestra intimidad y vivencias.

Lógico es pensar que ponerlas de nuevo en funcionamiento se haga difícil y no solamente por una cuestión económica, que ello sería lo de menos, con ser importante; la dificultad estriba en que la mayoría de la población actual ¡han pasado ya tantos años!, no las recuerde o ni siquiera sepa de su existencia. Esto sí que es grave.

Para esas nuevas generaciones, el ponerlas nuevamente en funcionamiento sería insólito, trasnochado y, lo que es peor, teatral. Ante ello es muy probable que no quede más remedio que decirles, dolorosa y definitivamente, adios.

Al margen de todo lo ya desaparecido y atendiendo a lo poco que queda, está el "ramo".

¿Puxo ramo? "Poñer o ramo" era, ¿lo es todavía?, una expresión de viejas y entrañables resonancias brigantinas. Para los viejos del lugar tiene que ser motivo de íntimas vivencias.

Supone o es de suponer que suponga, la evocación de algunas tardes soleadas, el silencio de cualquier callejuela roto en algunos instantes por el susurro de un gran ramo de laurel que, arrastrado por un rapaz, va camino de la fresca bodega familiar. Allí, entre padre e hijo, colocar, mal que bien, entre gozosos y orgullosos con ayuda de una vieja herradura y un par de clavos, el ramo de laurel anunciador de nuevo vino, en la puerta de la casa.

Aquella travesía por las rúas betanceiras, portando un ramo como joven peregrino a Santiago de Compostela, aunque la dirección fuese otra y el motivo bien distinto, era, ¿lo es todavía?, como un viejo rito mantenido a lo largo de los siglos y eso era, consciente o inconscientemente, un motivo de humilde orgullo. Era saber que todo aquello, tan pequeño e íntimo, suponía la expresión de algo peculiar de su propio pueblo y que de alguna forma les caracterizaba.

Si queremos, simbolismo es paz en forma de ramo, heroico cuando es corona y aquí, limpiamente por su procedencia, indicador de humilde vino.

Después de contemplar su obra, padre e hijo, se mirarían sonrientes y una vez dentro de la bodega brindarían aquel año, por vez primera, con el vino nuevo, mirándose a los ojos. Y si esto servía para unirlos más, bendita acción y bendito brindis que estimulaba y reforzaba afectuosos lazos familiares.

Con la puesta del ramo se mantenía una de las primeras manifestaciones de la publicidad actual; publicidad característica, peculiar, original e indiscutiblemente bella; publicidad, en fin, que arrancaba, en inventado uso, desde épocas gremiales de insospechada brillantez artesanal.

Sumadas todas estas costumbres, simbolismos, recuerdos o tradiciones y elevados a superior categoría por su número e importancia, aparece el pueblo que por mantenerlas e interpretarlas por igual, encuentra sus raíces que le dan consistencia al unirlo, entrañable y fuertemente, a su propia tierra.

Hubo una ocasión que algo parecido dije, sobre este asunto, en las páginas de "La Voz de Galicia". Hoy, al cabo de los años mil, con más nostalgia si cabe, lo vuelvo a recordar. Y aquí queda.

Sugerir proyectos de convivencia es formar pueblos. Por el contrario, despreciar y olvidar los gestos y pautas, deteriorar el lenguaje y las costumbres que peculiarizan a un pueblo o grupo social, es dejarlo desnudo, flotando en el aire, sin puntos de apoyatura; en suma, sin raíces.



Las Danzas. Aquí la de Marineros, desfilando por el Campo. Un rapaz recibió el honor de portar los arcos de repuesto. Foto, que sepamos, inédita y que corresponde a la década de los años treinta. Al frente y al lado de la bandera, el Sr. Luis, práctico del puerto brigantino, con su eterna borla verde sobre los ojos. Era el guía de la espada.

Por estas épocas ya no todos eran marineros de profesión, pero mantenían la tradición anualmente, colaborando con su danza para el mayor esplendor de las fiestas.

En el número 2, del periódico "El Pueblo", correspondiente al 12 de agosto del año 1900, se indicaba que "van muy adelantadas en sus ensayos (las danzas de Sastres y Zapateros)... Hace ya algunos años que estas danzas no se vieron...".

Siempre existieron loables intentos para que las raíces no desaparecieran. En el caso de los Sastres y Zapateros sin conseguirlo, ya que poco tiempo después volvieron a perderse.

Si bien la composición de D. Alfredo Erias posee ribetes románticos, al exagerar la realidad, puesto que las danzas nunca bailaron de noche y menos simultáneamente a la elevación del Globo, expresa, exacta y bellamente, como él sabe hacerlo, uno de los "pasos" o momentos más expresivos y de mayor movimiento que existen en esta reposada (comparada con la de los Marineros) agrupación gremial. →



ERIAS
XI-1983



La foto que se acompaña y que recoge un momento casi similar, aunque no inédita, fue muy pocas veces utilizada en las distintas publicaciones que sobre estas danzas se hicieron. Apareció, estimamos que por

primera vez, en el periódico santiagués "La Noche", el lunes, 13 de Agosto de 1936 y pertenece al llorado pendolista, dibujante y magnífico fotógrafo que fue Veiga Roel.



Blancas pelucas de los maceros municipales, portando sus claves y con el sombrero de anchas alas, tan parecido a las galeras cardenalicias, colgado a la espal-

da en signo de profundo respeto al Concejo Municipal que escoltaban. Adios.

Las "tartas" o "castillos". Raudas como flechas salían las mujeres de la Dulcería de Constante, portando, en inexplicable equilibrio, los altísimos "castillos" de siete pisos.

Ilustración publicada en alguna ocasión por Vales Villamarín, cuando aún podían verse con cierta frecuencia.

Hoy, raudas mujeres portadoras y castillos portadores desaparecieron. Las actuales tartas de boda, sin dejar de ser dignas y sabrosas descendientes de aquellas, son... otra cosa, pues que siendo igual no son lo mismo.



San Antón y la rifa del cerdo.

El magnífico ejemplar que aparece en la fotografía corresponde al año 1948.

De no ser este el último año de tan simpática y

sabrosa tradición, pocos más duraría. Las participaciones las vendía el cuidador del voluminoso animal, entre el bullicio callejero, sonidos de gaita y alabanzas de las gentes por el buen tamaño "do porco".



Fotografía del Turito, cuya mejor explicación queda reflejada en el soneto del antiguo cronista de la ciudad.

O «TURITO»

*Foncho de presunción, rube a calzada,
rodeado de infantil algarabía,
o muñidor da «Ilustre Confraría»,
que avisa prás funciós da Imaculada.*

*Chega á porta de casa brasonada
—bela mansión de ranza fidalguía—
e xurde, entón, a anterga melodía
do pífaro e tambor, alborozada.*

*Visita o da opalanda ó cabaleiro,
do vigairo mostrándolle o mandato
e a bolsa aberta da piedosa esmola...*

*e cos menestrés volta pró mosteiro,
sempre co mesmo empaque e aparato,
sempre no meio de tronante riola.*

FRANCISCO VALES VILLAMARIN

Decembro do 1978



*ENTIDADES CULTURAIS
E DEPORTIVAS*

...